

se atreve á apostarlas conmigo ese plebeyo? dice el noble. ¿Cómo se atreve á competir conmigo ese ignorante? dice el sábio. No es razon que mi vanidad lo sufra: es justo que mi soberbia se irrite. Si vosotros, oyentes, hablais ese lenguaje del siglo, si discurreis segun sus máximas, si no os desprendéis de la soberbia, ya no habrá remedio para esa cólera, que solo puede curarse por medio de la humildad. No penseis, amados oyentes, en lo que sois por vuestras riquezas, por vuestras dignidades, por vuestro nacimiento, por vuestros talentos: pensad en lo que sois por la religion que profesais. ¡Riquezas, honras, sabiduría, nobleza! nada sois á juicio de Dios: para nada nos aprovechais sino para el desprecio, ó para el sacrificio que podemos hacer de vosotras.

Otra especie, y permitid que me exprese en estos términos; otra especie de vanidad impaciente es muy propia de un cristiano, á saber: la que no sufre que otro le aventaje en la humildad. Picaos enhorabuena, os diré con S. Pablo, de esta santa y noble emulacion: *In humilitate superiores sibi invicem arbitantes*. PHIL. II, 3. Competid mutuamente en ser más humildes, poniendo en contraste vuestros propios defectos con las perfecciones ajenas; y estoy cierto, de que esta competencia aplacará vuestra cólera y soberbia. Decid: soy más rico en bienes de fortuna; pero otro será más rico que yo en bienes de la gracia. Soy más poderoso en el mundo; pero otro tendrá sin duda más valía en presencia de Dios. He logrado descollar por el talento; pero otros harán mejor uso del suyo. No hagais tan orgulloso alarde de vuestra calidad. Vuestra calidad, hermanos míos, es la de cristianos; y con ella debeis conformar vuestros pensamientos, palabras y obras. Vuestra calidad, hermanas mías, es la de virtuosas, y por consiguiente apacibles; pues el Espíritu Santo llama fátua á una mujer rencillosa é iracunda: *Mulier fatua et iracunda*. ¿Y puede acaso vuestra calidad compararse con la de Jesucristo? ¿Sois más nobles, más poderosos que el Salvador? ¿Son mayores las injurias que os hacen, que las que hicieron á él? ¿Y podeis ser tan mirados, con respecto á un vano pundonor, despues que un Dios dejó oscurecer toda la gloria de su divinidad? Siendo Dios, se anonadó tomando la forma de esclavo: siendo Dios, se hizo hombre, sometándose á los mayores escarnios, oprobios y afrentas.

Este es, amados oyentes, el modelo, el ejemplar que os propone san Pablo, para que reprimais vuestra soberbia y vuestra cólera. Venid á oír las sublimes lecciones de esta apacible humildad que os dá nuestro divino Maestro. Mientras los judíos están discurrendo el modo de perderle, el Señor no piensa sino en dar pruebas de su in-

menso amor, instituyendo el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Llama amigo al discípulo apóstata, que va á venderle: habla en tono apacible al insolente que le abofetea; y ruega á su eterno Padre, que perdone á los que le han crucificado. A vista de estos ejemplos, avergonzaos de la impaciencia que no os deja sufrir la más pequeña injuria, y del empeño que tomáis en vengarla: tercer aspecto bajo el cual podemos considerar la cólera.

Los que por genio súbitamente se irritan, por lo regular, á poco rato se aplacan. Los que por su soberbia se enojan, con los obsequios que se les hacen, se moderan. Pero los que llegan á dejarse dominar por la cólera vengativa, se obstinan en ella. De éstos dice el Eclesiástico, que perseveran en la ira, y aun la perpetuan en las familias: *Homo homini reservat iram*. ECCL. XXVIII, 3. Reconcentran en su pecho la cólera para desahogarla más á su satisfaccion; y cuanto más tiempo la ocultan, tanto es mayor el estrago que causan cuando, vengándose, la manifiestan.

Por esto nos aconseja el Espíritu Santo, que no dejemos poner el sol sobre nuestra ira. EPH. IV, 26. Porque así como cuando el sol no desvanece de día las nubes, se aglomeran por la noche y preparan las tempestades; así tambien, cuando no aplacamos los primeros ímpetus de la cólera, causan despues más terribles estragos. ¡Qué discordias en las familias, en los pueblos, entre los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los relajados y los más devotos! Aun muchas personas devotas, las que se distinguen por su piedad, se dejan á veces dominar de la cólera, y perseveran en ella hasta que consiguen vengarse. ¡Vos lo sabeis, Dios mio, que experimentasteis la cólera vengativa de los fariseos, que hacian escrúpulo de entrar en el pretorio en día de *sábado*! ¡Vosotros lo sabeis, criados y criadas, que os quejais continuamente de que vuestros amos y amas, al parecer muy devotos, riñen á todas horas, y se obstinan en mortificaros! ¡Vosotros lo sabeis, amados oyentes; y al propio tiempo con muchísima razon extrañais, que esos mismos, sin ninguna enmienda, frecuentan los templos, y hasta los sacramentos!

¡Qué locura, decia Tertuliano, DE PATIENT, estar rezando todo el día, sin sacar fruto alguno de la oracion! ¿Cómo ha de perdonar Dios sus deudas, si ellos no perdonan el menor descuido de sus prójimos? ¡Qué temeridad, acercarse al tribunal de la misericordia con un espíritu de rencor y de venganza! ¿Cómo han de hallar benigno al Señor, á quien buscan, sin deponer su encono? ¿No ven que les falta la caridad, reina de todas las virtudes, y remedio eficaz á la enfermedad de la cólera que padecen sus almas? Sufran,

y sufrid vosotros, amados oyentes, que aspirais, no á la hipocresía, sino á la piedad más sólida; sufrid, digo, mutuamente vuestros defectos: *Supportantes invicem in charitate*. Haced con vuestros prójimos lo que quisierais que, en posicion contraria, hicieran con vosotros. En una palabra, profesaos una caridad recíproca. Renovad el espíritu de los primeros cristianos: espíritu apacible, humilde, caritativo. Refrene la mansedumbre los movimientos de la cólera genial: modere la humildad los ímpetus de la cólera soberbia: sufoque la caridad los arranques de la cólera vengativa, para que moren en vuestras casas la paz, la alegría, el gozo.

Dulcísimo Jesús, ¡cuántas almas perturba la cólera! Sin vuestra gracia perecerian; socorredlas para que no perezcan. Nosotros estamos resueltos á reprimirla; y os pedimos perdon de no haberlo hecho antes. Vos, que nos disteis tan sublimes ejemplos de humildad, de mansedumbre y de caridad, haced que procuremos adquirir estas virtudes, para que, siendo mansos, humildes y caritativos, triunfemos siempre de la más terrible de las pasiones, y merezcamos ser con vos eternamente dichosos en el cielo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Nosotros somos racionales y cristianos: dos poderosos motivos para aborrecer la cólera, que, 1.º, destruye al hombre racional; y 2.º, destruye al cristiano.

I. El hombre racional tiene deberes que cumplir para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. El colérico se vuelve contra Dios, no sabe tolerar al prójimo, ni sufrirse á sí mismo.

II. El hombre cristiano imita á Jesucristo, ama á su prójimo, y se aborrece á sí mismo. La cólera destruye estos tres deberes: se opone á la imitacion de Jesucristo, á la caridad del prójimo, á la abnegacion de sí mismo.

II.

La cólera proviene de tres causas: 1.º Del genio impetuoso; 2.º De la envidia; 3.º Del interés y ambicion.

I. El genio impetuoso nos inclina siempre á la cólera. Se aman-san las fieras, dice san. Basilio; pero el hombre de genio violento es una fiera intratable, y, en el exceso de su ira, á nadie respeta.

II. La envidia tambien fomenta la cólera; y no repara en turbar la tranquilidad pública con felonías y grandes injurias. Si el mal excita la cólera genial, el bien excita la cólera de envidia; una y otra tienden á la destruccion de cuanto hay de bueno en la sociedad.

III. El interés y la ambicion, que nada respetan, por sagrado que sea, encienden tambien la cólera. La ira de los escribas y fariseos contra Jesucristo era hija de la ambicion y del interés.

DIVISIONES.

CÓLERA.—Funestos efectos de la cólera:

1.º Nos priva de la amistad de Dios.

2.º Nos priva de la amistad del prójimo.

3.º Nos priva de la razon.

CÓLERA.—La cólera de los grandes hace que sus súbditos les pierdan el respeto.

La cólera de los inferiores, hace menguar la caridad de los que pueden favorecerles.

CÓLERA.—La cólera de los buenos impide el buen resultado de sus correcciones.

La cólera de los malos intimida á los que trabajan para convertirlos.

CÓLERA.—Cuando es violenta, excita contiendas y desazones, que con dificultad pueden calmarse.

Cuando en la cólera se revela la dureza, dá ocasion á que se descubran secretos, que no pueden revelarse sin perder todo resto de fidelidad.

Cuando incurrimos en la cólera con frecuencia, obliga á los más prudentes á abandonarnos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Vere stultum inteficiet irucundia, et parvulum occidit invidia.
JOB. v, 2.

Desine ab ira, et derelinque fu-

Tom. III.

Verdaderamente que al necio le mata la cólera, y al apocado le quita la vida la envidia.

Reprime la ira, y depon el fu-

rorem; noli æmulari ut maligneris. PSALM. XXXVI, 8.

Cum iracundo non facias rixas, et cum audace non eas in desertum, quoniam quasi nihil est ante eum sanguis, et ubi non est adjutorium, elidet te. ECCLI. VIII, 19.

Vir iracundus provocat rixas, qui patiens est mitigat suscitatas. PROV. XV, 18.

Fatuus statim indicat iram suam; qui autem dissimulat injuriam, callidus est. IBID. XII, 16.

Impii quasi mare fervens, quod quiescere non potest, et redundant fluctus ejus in conculcationem et lutum. ISAL. LVII, 20.

Memorare timoris Domini, et non irascaris proximo. ECCLI. XXVIII, 8.

Ego autem dico vobis; quod omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio. MATTH. V, 22.

Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum iræ. ROM. XII, 19.

Ira viri justitiam Dei non operatur. JACOB. I, 20.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La ira cometió el primer homicidio entre los hombres: *iratusque est Cain vehementer, et concidit vultus ejus.* GEN. IV, 5. Saul, una vez dominado por la cólera, no guardó ningun respeto; persiguió de muerte á David, REG. XVIII ET SEQ.; manda quitar la vida á los sacerdotes del Señor, XXII, y desobedece varias veces las órdenes del mismo Dios, XIII ET XV.

El impío rey Achab, irritado por la respuesta de Naboth, que no

ror, no quieras ser émulo en hacer mal.

Con el colérico no trabes ninguna riña, ni camines por lugar solitario con el atrevido: porque para él la sangre no importa nada; y cuando no haya quien te socorra, te hará pedazos.

El hombre iracundo suscita riñas: el sufrido apacigua las que se han excitado.

Muestra luego su ira el fátuo; pero el varon circunspecto disimula la injuria.

Los impíos son como un mar alborotado, que no puede estar en calma: cuyas olas rebosan en lodo y cieno.

Acuérdate de temer á Dios, y no estés airado con tu prójimo.

Yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, será condenado á muerte en juicio.

No os vengueis vosotros mismos, queridos míos, sino dad lugar á que se pase la cólera.

La ira del hombre no se com-padece con la justicia de Dios.

quiso cederle su viña, consintió en su muerte para quedarse con la posesion deseada. III. REG. XXI.

Aman, irritado contra Mardoqueo, formó el bárbaro proyecto de quitarle la vida, suspendiéndole en un patíbulo; pero cuando creia ver satisfechos sus deseos, fué ajusticiado en el patíbulo que él habia preparado para Mardoqueo. ESTHER. III, V, VI.

Nabucodonosor, dominado por su cólera, trató de matar á todos los adivinos y sábios de Babilonia, que no supieron interpretar sus sueños misteriosos. DAN. II ET III.

La impía y adúltera Herodías, movida de su ira, pidió la cabeza del precursor de Cristo. MARC. VI.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non mediocre est mitigare iracundiam, non inferius quam animo non commoveri; hoc nostrum est, nature illud. S. AMBROS. I, 2. OFFIC.

Nihil iracundo homine insuavius, nihil gravius, nihil infestius, turpius nihil; sicut contra, nihil mansueto nescio jucundius. S. JOAN. CHRYS. HOM. XXIX AD POP.

Quid iracundo furor suus confert? Savissimis exagitatum stimulis ita ab omni consilio ac mente deturbat, ut dum irascitur, insanire credatur. S. HIER. EP. AD DEMETR.

Noli æmulari, ut maligneris: æmulatur ut malignetur, qui sic irascitur peccato, ut irascatur et fratri; qui sic æmulatur legem, ut malignetur proximo. S. AUG. IN PSALM. XXXVI.

Aliquando iracundus manus non exigit, sed in maledictionis jaculum linguam vertit. Fratris namque interitum precibus exposcit, quasi hoc Deum perpetrare

No es poco mitigar la cólera, y algo más no turbarse interiormente: ésto es propio del cristiano, aquéllo lo es del hombre.

Nada tan áspero, tan pesado, tan dañoso, tan repugnante como el hombre colérico; al contrario, nada más agradable que el hombre manso.

¿De qué le aprovecha la ira al colérico? Atormentado por crueles remordimientos, quedan su razon y juicio ofuscados hasta tal punto, que miéntras está irritado, parece un loco.

No quieras ser émulo en hacer mal: es émulo en hacer mal el que se irrita contra el pecado y contra el que le ha cometido: el que cela de tal manera por la ley, que se indigna contra el prójimo.

A veces el colérico no obra mal; se contenta con que su lengua vierta el veneno de la maldicion. Pide con ella la ruina del prójimo, como si á Dios le fuera útil.

expediat. S. GREG. LIB. 5 MORAL.

Quanta sit iracundiae culpa
pensemus, per quam dum man-
suetudo amittitur, supernae ima-
ginis similitudo vitatur. ID. LIB.
2 MOR. CAP. XXX.

Si non potes iram vitare, tem-
pera; si non potes furorem cave-
re, cohibe. S. ISIDOR. LIB. 1 DE S-
LILOG.

Cum vim irascibilem oblinuit
(dæmon), statim introducitur in cor-
de suam familiam, quæ sunt ri-
xa, furor mentis, contumelia,
clamor, indignatio et blasphemia.
S. BONAV. DE PUG. SPIR. CAP. IV.

De ira nota specialiter tria;
scilicet odiosam ejus effigiem, ejus
ruinosam perniciem, et ejus vi-
tiosam propaginem. ID. IN DIET.
CAP. V.

Consideremos la gravedad de la
cólera, por la cual, perdiendo la
mansedumbre, queda afeada la
semejanza de nuestra imagen di-
vina.

Si no puedes evitar la cólera,
modérala; si no puedes precaver-
te del furor, refrénale.

Cuando el demonio ha excitado
el apetito irascible, introduce en
el corazón toda su familia, esto
es: las riñas, el furor, las inju-
rias, los gritos, la indignación y
la blasfemia.

Tres cosas hay que observar en
la cólera; su figura repugnante,
el daño mortal que causa, y su
viciosa descendencia.

COMBATE ESPIRITUAL.

Bonum certamen certavi.

He combatido con valor.

(Timot. IV, 7.)

Estas palabras que dijo el apóstol S. Pablo, al acercarse al término de su carrera apostólica, debemos repetir las nosotros, al acercarnos al término de la prueba de nuestra vida. Si; todos deberemos decir: combatido he leal y generosamente. Este combate puede ser considerado, ó en un sentido general, ó en un sentido concreto. Yo me contentaré con establecer la ley que rige en este combate, y su necesidad; con hacer comprender su naturaleza, con manifestar, en breves palabras, el orden, y luego las vicisitudes. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para probar la necesidad de este combate, pocas palabras me bastarán; porque si hay un principio claro, incontestable en la religión, es este: La vida es una lucha, la vida es un combate. Mucho tiempo há que el Espíritu Santo dictó estas palabras: La vida del hombre es una milicia: *Militia est vita hominis*.

Concedemos el principio fácilmente; más, ¿admitimos todas sus consecuencias? En teoría, ni una duda se nos ocurre acerca de este particular; en cuanto á la práctica, me parece que las dudas son harto frecuentes, y que están muy arraigadas en nuestras almas. Para convencerse de esto, basta considerar el modo con que, generalmente, la religión se comprende, se estudia, y se practica. Cuando se examina este punto, cuando uno se lo explica á sí propio, cuando tratamos de ilustrarnos sobre un negocio de tanto interés, puede reconocerse perfectamente esta verdad: todo se comprende, ménos una cosa, la que más importa comprender, esto es: que toda la conducta, y también la vida interior, suponen el combate; que en esta vida y en esta conducta consiste el combate; que todas las ventajas obtenidas deben sostenerse de continuo.